

LOS CAMBIOS DE SIGLO
EN LA HISTORIA DE ESPAÑA
(siglo XV - siglo XXI)

Alfredo López Serrano

EL CAMBIO DEL SIGLO XVIII AL SIGLO XIX.

1789 - 1808: LAS REVOLUCIONES FRANCESAS Y SUS ECOS EN ESPAÑA.

Se ha querido ver en este cambio de siglo un ciclo revolucionario en todos los órdenes, integrado primordialmente por la Revolución Francesa y por la Revolución Industrial, fenómenos de tan dispar naturaleza pero a menudo equiparados dentro de un mismo proceso. Y ciertamente, es posible que ambos estén relacionados en lo profundo de la historia y en mil detalles de la vida de entonces, pues se trata de procesos que condicionaron la vida de todos los europeos de aquel tiempo. Incluso aunque la revolución industrial, concepto que tiende a ser sustituido por el de industrialización, afectó en el cambio de siglo casi exclusivamente a Inglaterra (y tal vez a los Países Bajos), sus consecuencias, como la internacionalización de la economía, la ruina de los viejos talleres, el cambio de hábitos de vida fruto de los contactos comerciales y culturales,... influyeron poderosamente en el resto de Europa y, a renglón seguido, en todo el mundo.

Pero sigue siendo la Revolución Francesa el elemento de este “ciclo revolucionario” que más ríos de tinta ha hecho correr y el que sigue protagonizando el arranque de la historia europea en los planes educativos, al modo en que un accidente o un suceso traumático que nos sucede cuando somos niños constituye nuestro primer imborrable recuerdo.

El sencillo “contar lo que pasó”, el recuento, casi enumeración de las diferentes etapas de aquella revolución continúa siendo la forma básica de enseñanza de ese período histórico, como si aún hoy no pudiéramos dejar de maravillarnos de aquella portentosa sucesión de acontecimientos. Incluida dentro de todos los temarios de Historia contemporánea, contada una y otra vez, seguimos sin comprender la naturaleza de los fenómenos que allí ocurrieron, o lo que es lo mismo, no nos ponemos y no se ponen de acuerdo los historiadores sobre el significado último de aquel movimiento de masas.

Y llegar a ese hipotético acuerdo es complicado porque aquél fue el cambio de siglo de las paradojas: se exaltaba el nacionalismo y el patriotismo, pero el discurso, las declaraciones de derechos, el sistema métrico, etc. eran o pretendían ser universales. Se escribía, se componía, se pintaba en términos románticos, pero lo cierto es que dentro del europeo la semilla del racionalismo y del materialismo más calculador había dado sus insípidos frutos; tal vez por ello los escritores románticos se inspiraron en España, donde aún no habían llegado el progreso ni el racionalismo. En definitiva, que la distancia entre lo que pasaba y lo que se decía que pasaba aumentaba enormemente debido a la propaganda ideológica difundida por la prensa y la panfletería de todos los colores.

Incluso los análisis causales actuales resultan insuficientes: repasar las causas sociales, políticas, económicas e intelectuales, además de ser un procedimiento profundamente desmotivador en cuanto divide a la sociedad en elementos que siempre están interrelacionados, nunca divididos, nos hace concebir la errónea idea de que parecería imposible que no sucediera lo que sucedió; el sistema tradicional de análisis de causas -en el fondo una enumeración más- no hace más que echar humo sobre nuestra ignorancia sobre las razones últimas de los procesos históricos: sabemos que las cosas pueden pasar o no pasar, que dada una determinada situación, el futuro nunca es posible adivinarlo, siempre nos sorprende. Y los determinismos sólo funcionan en el pasado.

Como novedad en relación a cambios de siglo anteriores, los europeos de finales del siglo XVIII parecían tener conciencia de su siglo, no como un concepto cronológico sino histórico. El balance que se hacía del siglo basculaba entre el optimismo irónico y el pesimismo, y acerca del próximo futuro la mezcla entre perplejidad, temor y esperanza era casi insoluble en los escritos de la época.

“El (siglo) inmediato será, sin duda, el superior, pero aprovechemos los pocos años que quedan de éste para divertirnos, por si no llegamos a entrar en el siguiente; y vamos claros: son muy exquisitos sus delirios, singularmente el haber llegado a dar por falsos unos cuantos axiomas o proposiciones que se tenían por principios sentados o indubitables” (José Cadalso, *Cartas marruecas*, carta LXXXII).

¿Existe la Historia contemporánea de España (o de cualquier otro país)?

El efecto de la revolución industrial, de la revolución de los transportes y también de la revolución ideológica que vive el mundo en el cambio del siglo XVIII al XIX, hace que España se integre dentro de las corrientes generales de todas las sociedades del planeta, y que no pueda estudiarse historia de un solo país a partir de este momento. Immanuel Wallerstein señala en su libro *El moderno sistema mundial* que las influencias comienzan en el terreno económico en el siglo XVI pero van mucho más allá: lo político, lo cultural, están incluidos en el mismo tejido social y lo que se decide en Londres, Ámsterdam o París (que forman el triángulo central de poder desde donde emanan las principales decisiones a finales del siglo XVIII) tiene repercusiones en todas las *periferias* sucesivas, que experimentan las consecuencias de los acontecimientos del *centro*. No hay sistemas aislados: a partir de entonces, tan capitalista es la bolsa de Londres como el esclavismo de las plantaciones americanas o el aparente feudalismo ruso. Porque todos están al servicio de un capitalismo que es ya internacional.

Igual lógica se produce en la España del momento: si bien nuestra influencia cultural es predominantemente francesa, el dinamismo inglés conduce a la *desprotoindustrialización* de la economía española, pues para el burgués comienza a ser más rentable reconvertir su incipiente industria en una explotación agrícola de exportación (naranjas, vinos,...), fenómeno que se acentuará con las desamortizaciones de tierras del siglo XIX.

Pero si la influencia indirecta es decisiva, las intervenciones directas de potencias europeas a lo largo del siglo XIX (no digamos del XX) no lo son menos en la tarea de sincronizar los ritmos políticos españoles a los del resto del continente. No sólo 1808, sino

1823 con sus Cien Mil Hijos de San Luis, en la independencia de las colonias hispanoamericanas hasta 1824, en el apoyo al carlismo o a otros exiliados, que luego se incorporaban al gobierno cuando cambiaban las tornas (la puerta de la casa del regente Espartero, que vivía enfrente del embajador inglés, lucía esta significativa *pintada*: “aquí regenta el regente, el que manda vive enfrente”), y concluyendo el siglo, con una nueva redistribución colonial que afectará de lleno a los restos del imperio español. Por ello resulta fundamental para entender la “historia de España contemporánea” saber qué paso en Francia a partir de 1789.

Los intérpretes y las interpretaciones de la Revolución

El tema de la interpretación de la Revolución Francesa ha suscitado un debate al que nunca le ha faltado pasión, de forma que los diferentes juicios y visiones de aquellos hechos no puede desligarse de la postura política y hasta personal de los que las formulan. En líneas generales y reduciendo a un esquema muy simple el pensamiento de sus autores, existirían varias líneas interpretativas:

1- La revolución burguesa, según la tradición progresista. Michelet, Hobsbawn, Soboul, Tulard... serían los historiadores representantes de una concepción de la Revolución Francesa entendida como un necesario avance de la burguesía en la Francia de finales del siglo XVIII. Estaría integrada en una época de cambios revolucionarios en toda Europa, entre ellos la propia revolución industrial, la independencia de los Estados Unidos de América, etc.. Supuso para ellos la inevitable toma del poder por parte de los burgueses, que ya ostentaban el poder económico y social y necesitaban estos cambios para desarrollar su idea de progreso social y económico. Entre los defensores de este planteamiento predomina el respeto a una tendencia o tradición marxista más o menos heterodoxa, que tiene en la lucha de clases su principal axioma teórico. En definitiva, la Revolución supondría la mayoría de edad del pueblo, del cual se desgaja una clase, la burguesía, llamada a realizar profundos cambios en las instituciones y en la sociedad de la época. Pero esta misma burguesía triunfante recela de sectores populares más radicales, y se refugia en prácticas políticas más conservadoras y autoritarias (girondinos, Napoleón,...). La solución a las tensiones internas es buscada en la exportación de la revolución a otros países europeos, ampliando el proceso y el ciclo revolucionario burgués a todo el mundo.

2- Un jalón de la lucha por la libertad, según los más exaltados. Babeuf y Mathiez en su momento, Mazauric recientemente, concibieron y conciben la revolución como uno de los pasos importantes de la humanidad en la lucha por su liberación. La Revolución es un todo, un proceso eterno con diferentes fases (1830, 1848, 1970, 1917,...) que muestran el espíritu liberador esencial del ser humano. La Revolución Francesa marcó un hito en el progreso, la democracia y la liberación de los pueblos. No se hace balance de las pérdidas y problemas que ocasionó para Francia, pues lo relevante es su papel desencadenante y su continuación futura.

3- La verdadera revolución fueron las reformas ilustradas. Tocqueville en el siglo pasado, Furet, Richet y otros historiadores hoy día, sostienen que los más importantes avances económicos y sociales se produjeron en Francia gracias a la puesta en práctica de las ideas ilustradas. Para ellos, si hubo una verdadera “revolución”, ésta la llevaron a cabo

Luis XV y Luis XVI al poner en marcha una serie de medidas racionales en la economía, la educación, la ciencia. Es de notar que fue la Iglesia y la nobleza los primeros que se opusieron al proyecto de Luis XVI. El rupturismo que los revolucionarios quisieron imponer en el cambio de siglo, los bruscos cambios políticos, de forma de vida, de calendario, de lenguaje, ... fueron nefastos. Resulta curiosa la oposición “contrarrevolucionaria” de muchos campesinos de diversas regiones de la Francia del momento. ¿Tal vez fueron los intelectuales los que inventaron la Revolución Francesa? Lo cierto es que el mayor número de guillotinos procedía del pueblo llano. Según estos autores, la visión rupturista entre el Antiguo Régimen y la contemporaneidad se convirtió en verdadera sólo a fuerza de hacer propaganda de ella e imponerla como un discurso revolucionario obligatorio, y no tiene en cuenta las continuidades que se venían produciendo desde mediados del siglo XVIII. En todo caso se trató de un cambio entre los notables y la aristocracia del momento, con un “error” o “descuido” de esos mismos notables en la fase del Terror. Por último, afirman burlescamente que “la revolución ha terminado”, en alusión a los que ven en el proceso un fenómeno eterno.

4- La revolución fue absolutamente nefasta. Corvisier, Sécher, Chaunu..., para estos historiadores el período que se abre desde 1789 y ocupa todo el cambio de siglo fue desastroso, un verdadero “genocidio franco-francés”, de consecuencias desastrosas e irreversibles para Francia y otros países que se vieron afectados por su influencia. Dejando de lado las ideas que se barajaron y las utopías que sirvieron de motores de las masas, estos autores pretenden estudiar la “realidad de lo que sucedió”. Para Chaunu, supuso el fin del ascenso económico de Francia, una sangría humana por las guerras y la carestía que hacen perder a Francia su tradicional pujanza demográfica en Europa, una destrucción de talentos y de elites, la desaparición de un patrimonio artístico y cultural enorme. Eligiendo determinados datos económicos y sociales, en 1780, aseguran, Francia era la primera potencia europea. En 1804 ya no lo es. En algunas regiones como La Vendée, murió asesinada o en luchas internas el 15 % de la población, una verdadera masacre que hasta hoy no ha sido tenida en cuenta suficientemente.

Cada una de las diferentes visiones de la Revolución Francesa tiene un paralelo en la interpretación que los hispanistas extranjeros y los historiadores españoles dan del proceso revolucionario que vivió España unos años, o mejor, unas décadas más tarde. También para España y los territorios que estaban bajo la Corona española en América fue un período que muchos han interpretado como desastroso, preludio de males aun mayores, por la forma en que se rompió el proyecto reformista ilustrado (si bien tuvo tímidos intentos de continuidad en época de Godoy) y por la desestructuración e inestabilidad políticas que tuvieron lugar desde 1808. Para otros, sin negar las turbulencias y perjuicios ocasionados, supone el comienzo del fin del Antiguo Régimen y la transición a un régimen, el liberal, que nos unía al resto de la Europa occidental.

Hacia la visión caleidoscópica de la Revolución.

Frente a las percepciones lineales de la Revolución Francesa, tanto en su forma ascendente-descendente, ondulante o quebrada, los numerosos estudios que se han llevado a cabo y están en curso sobre el tema configuran más bien un verdadero laberinto interpretativo y una óptica multiforme de la realidad, cuyo resultado más bien se parece al

efecto de un caleidoscopio que a la diáfana visión que presuntamente debe presidir el intento explicativo del historiador.

Temas como las mujeres en la Revolución, el aprendizaje de la ciudadanía, los conflictos entre campesinos y ciudadanos, el papel de los soldados e inválidos en los umbrales del estallido revolucionario, de los ambiciosos, de la enseñanza en la Francia revolucionaria, las visiones economicistas, etc., se constituyen en ejes de corrientes interpretativas que desde nuevos puntos de vista intentan sacar del marasmo teórico en que se encuentra el debate sobre el tema. Pero todo sigue en la misma situación que la que pudo observarse en 1989 con motivo de la conmemoración del segundo centenario de aquellos hechos. Nuestra mirada posmoderna e irónica, característica de todos los finales de siglo, nos permite seguir contemplando el espectáculo variopinto y multicolor de las diversas interpretaciones sobre el tema sin inquietarnos lo más mínimo, lo que resulta chocante en el caso español, pues nuestra historiografía está muy lejos de llegar a la variedad, profundidad y riqueza del estudio y matices de la del país vecino.

Vivan las “caenas”, o el miedo a la libertad de los españoles de finales del siglo XVIII.

En comparación con los rápidos avances que había experimentado la sociedad europea del momento, España se encontraba en un relativo estancamiento, pasado ya el innegable crecimiento de los años centrales del siglo y de buena parte del reinado de Carlos III. Sin embargo, el reinado de Carlos IV coincide con una situación económica no tan favorable, y las noticias que vienen de la Francia revolucionaria paralizan en seco el programa ilustrado de reformas (es el llamado “pánico de Floridablanca”). Es el momento en que numerosos críticos de la situación arremeten contra el despotismo y la base social estamental que lo sustentaba:

“Un pueblo de esta constitución -dirá León de Arroyal-, en que la autoridad reside en la nobleza, rara vez deja de sufrir la tiranía. El dominio opresivo de los nobles no pudiera mantenerse sin el despótico de los reyes, porque en vano los señores exigirían que la plebe los respetase si ellos no respetaran al príncipe, y como todos tienen parte en el despotismo, todos procuran mantenerlo, haciendo que los reyes de mejor índole natural sean los de peor índole política” (León de Arroyal, *Pan y toros*).

En efecto, la bondad del rey Carlos IV, ocupado con fruición en su colección de relojes, era innegable, de forma que podría decirse que se fijaba en lo diminuto y no se percataba de lo mayúsculo, tanto en el Estado como en su propia... casa.

Pero esta situación de connivencia entre la realeza y la aristocracia no podía subsistir, debido a una cuestión técnica apuntada por Gonzalo Anes: el sistema social estaba en descomposición pues la economía se encontraba en una situación de estancamiento en la productividad y en los rendimientos agrarios mientras la población seguía creciendo (situación agravada por las grandes sequías y malas cosechas entre 1800 y 1808). Techo malthusiano o crisis del sistema agrario tradicional, el descontento se filtrará por las ventanas de los palacios, afectará progresivamente no sólo a las clases medias sino a un sector mayor de la nobleza y, finalmente, numerosas voces de

descontento se levantarán contagiadas por la respuesta revolucionaria de los franceses a situaciones similares.

Si bien la Revolución Francesa no tendrá más efecto directo que fracasadas conspiraciones como la de Picomell de 1795, los enfrentamientos entre las elites y el rey, que constituyen la esencia del comienzo de la revolución francesa: la llamada revuelta de los privilegiados, tiene su paralelo en España con el motín de Aranjuez, que supone la destitución de Godoy, la abdicación de Carlos IV y el final de los restos de su programa ilustrado. Ese enfrentamiento no se quedará en dimisiones o cambios de rey, sino que allí donde determinadas elites económicas se unan al clamor antidespótico, el rey se convertirá en el chivo expiatorio de muchos de los conflictos de la sociedad del final del Antiguo Régimen. En Inglaterra y en Francia (al igual que más tarde en Rusia) los reyes son castigados personalmente, pues se ve en su persona una amenaza concreta para el desarrollo de las aspiraciones populares. Tal vez ello explique que la nueva aristocracia del dinero cree más tarde mecanismos que protejan al monarca, que representa el freno y la defensa de sus intereses y planteamientos conservadores. En efecto, para evitar el encontronazo entre el rey y el pueblo se modificarán las estrategias institucionales liberales, especialmente mediante la disminución del poder del aparato legislativo: se dividirán las Cortes en dos cámaras. El Senado pasa a ser la cámara que defiende esos intereses conservadores, el que asumirá el equilibrio político entre el conservadurismo y el cambio, dejando al rey fuera de la batalla política abierta (actuará directamente sólo en casos excepcionales y, preferiblemente, en la sombra). Pero esto tendrá lugar ya bien entrado el siglo XIX, en lo que se ha acordado llamar el *liberalismo doctrinario*.

Volviendo a la coyuntura de 1808, la presión nobiliaria contra Carlos IV, Godoy y sus ministros, provoca el ascenso de Fernando VII, lo que en sí mismo ya supone una involución y, como decíamos, el fin de los sueños de los ilustrados. Pero no es más que el comienzo de las convulsiones. En las mochilas de los soldados franceses llega la revolución, igual que sucedió con los heridos de guerra que venían de la guerra de independencia de los Estados Unidos. Encuentran eco en los afrancesados, que tal vez ingenuamente pensaron en una posible continuación de la línea reformista en medio de todos los trastornos que estaban teniendo lugar.

Pero los cambios eran demasiado profundos no ya para la política española, sino para su mentalidad, condicionada por muchos siglos de Inquisición y predicación, por pocos o ningún intento político radicalmente laico, por una Iglesia prepotente en todos los ámbitos de la vida española, a pesar de la expulsión de los jesuitas del reinado de Carlos III. Pasado aquel momento, la unidad o al menos el entendimiento entre el Trono y el Altar volvió a restablecerse, según reconocía Jovellanos, lo que convertía a ambas en potestades invencibles.

Esto significaba que no había conflicto de autoridad en la mente de los españoles. Es decir, que quedaba claro cual era el camino recto que una persona en España debía seguir desde su nacimiento hasta su muerte. Integrado plenamente en la familia tradicional, cada individuo no podía concebirse aislado, como parecían declarar los representantes del pueblo francés. Antes que nada, un individuo se sentía identificado con su apellido, más que con su propio nombre. Era un hijo de sus padres antes que él mismo, típica situación en las sociedades tradicionales, rurales y campesinas. El solo hecho de definir los derechos individuales era impensable para cualquier familia católica española.

Las redes psicológicas eran demasiado fuertes en torno a las circunvoluciones cerebrales de los españoles, que no se atrevían a poner en entredicho las autoridades tradicionales, la de sus padres, la del cura, la del señor, la del rey. Ni siquiera la Guerra de Independencia lo consiguió, pues pese a los trastornos de todo tipo a que dio lugar, nunca se puso en entredicho la figura del rey ni la preeminencia del catolicismo. La necesidad de establecer los derechos individuales se iría abriendo camino entre los españoles sólo en la medida en que verdaderamente aparecía una conciencia individual poderosa en grupos amplios de la sociedad. Pero el espíritu familiar y de clan en nuestra sociedad, que aún no ha perdido por completo su desarrollo, estaba muy lejos de transformarse en el individualismo, propiciado en otras latitudes europeas por la herencia protestante.

El consiguiente miedo a la libertad, la exaltación de las “caenas” que gritaban los amotinados del 2 de mayo, no era más que el impulso casi adolescente de afirmación de una personalidad diferente en relación con Francia, que hasta ese momento había sido nuestra preceptora en las cuestiones intelectuales: se reconoce la esclavitud, e incluso la incultura; quedan identificadas: el paso ya está dado. Pero el cambio no se materializa por miedo ante el abismo de la pérdida de identidad, y una nación tan vieja descubre su nacionalismo y estalla en un deseo de independencia, olvidando antiguas invasiones, constitutivas de su identidad, o el propio origen extranjero de sus dinastías reales.

Otro asunto aparte es la intuición profunda de que detrás del individualismo feroz que amenazaba en la frontera pirenaica en los primeros años de la Revolución Francesa, había un poso de esclavitud hacia nuevos poderes, como el dinero, y nuevas formas de injusticia, las nacidas del clasismo, así como desgarros de la persona en relación a su entorno social. Poco más tarde la sociedad española sí sería permeable a estas influencias, que dividirían hasta la guerra a los españoles. Pero en 1808 hubo un consenso entre pueblo, iglesia, burgueses y aristócratas frente a una presunta amenaza desintegradora, y se apeló a Dios, al Rey y también a la Patria contra los invasores y sus ideas. Sólo los afrancesados quedaron incomprensidos, perplejos como el propio Napoleón frente al fanatismo español.

Bibliografía.

- Artola, M. (1989): *Los afrancesados*. Madrid, Alianza.
- Aymes, J.-R. -De.- (1989): *España y la Revolución Francesa*. Barcelona, Crítica.
- Bois, J.-P- (1989): *La Revolución Francesa*. Madrid, Cambio 16.
- Carr, R. -Dir.- (1999): *Visiones de fin de siglo*. Madrid, Taurus.
- Elorza, A. -Rec.- (1971): *Pan y toros y otros papeles sediciosos de fines del siglo XVIII*. Madrid, Ayuso.
- Furet, F. (1980): *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona, Petrel.
- Furet, F. y Richet, D. (1988): *La Revolución Francesa*. Madrid, Rialp.
- Ford, F.L. (1973): *Europa desde 1780 hasta 1830*. Madrid, Aguilar.
- Godechot, J. (1985): *Los orígenes de la Revolución Francesa*. Madrid, Sarpe.
- Hobsbawn, E. [1964] (1978): *Las revoluciones burguesas*. Madrid, Guadarrama.
- Jovellanos, G.M. (1970): *Obras I: Epistolario*. Barcelona, Labor.
- Lefèbvre, G. (1980): *La Revolución Francesa y el Imperio*. Madrid, FCE.
- Mazauric, C. (1984): *Jacobinisme et Révolution*. Paris, Editions Sociales.
- Paniagua, J. (1989): *La Europa Revolucionaria*. Madrid, Anaya.
- Soboul, A. (1983): *Comprender la Revolución Francesa*. Barcelona, Crítica.
(1987a): *La Revolución Francesa*. Barcelona, Orbis.
(1987b): *La Revolución Francesa: principios ideológicos y protagonistas colectivos*. Barcelona, Crítica.
- Tulard, J., Fayard, J.-F. y Fierro, A. (1989): *Historia y diccionario de la Revolución Francesa*. Madrid, Cátedra.
- Vovelle, M. (1984): *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*. Barcelona, Crítica.
- VV.AA. (1976): *La transición del feudalismo al capitalismo*. Madrid, Ayuso.
- Yllán, E. (1989): *La Revolución Francesa*. Madrid, Anaya.

TEXTOS

Pan y toros.

Todas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la naturaleza, han sido en su niñez débiles, en su pubertad ignorantes, en su juventud guerreras, en su virilidad filosóficas, en su vejez legistas y en su decrepitud supersticiosas y tiranas (...). Estas verdades, comprobadas por la historia de todos los siglos, y algunos libros que habían llegado a mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nuestras glorias, me habían hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima a los horrores del sepulcro; pero mi venida a Madrid, sacándome felizmente de la equivocación en que vivía, me ha hecho ver en ella el espectáculo más asombroso que se ha presentado en el universo; a saber: todos los periodos de la vida racional a un mismo tiempo en el más alto grado de perfección.

Ha ofrecido a mi vista una España niña y débil, sin población, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico, y aún sin gobierno conocido; unos campos yermos y sin cultivo; unos hombres sucios y desaplicados; unos pueblos miserables, y sumergidos en sus ruinas; unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad; y una constitución, que más bien puede llamarse un batiburrillo confuso de todas las constituciones.

Me ha presentado una España muchacha, sin instrucción y sin conocimientos: un vulgo bestial; una nobleza que hace gala de la ignorancia; unas escuelas sin principios; unas universidades fieles depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros; unos doctores del siglo X y unos premios destinados a los súbditos del emperador Justiniano y del Papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España joven, y al parecer llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza; un cuerpo de oficiales generales sobrado para mandar todos los ejércitos del mundo; y que si a proporción tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del Universo; una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas; gastar pólvora en salvas en las praderas, y servir a la opresión de sus mismos conciudadanos (...).

Madrid vive contento con pan y toros.

León de Arroyal: *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado floreciente de España* (1793).

Derechos del hombre y del ciudadano. Agosto de 1789.

La Asamblea Nacional reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes derechos del hombre y del ciudadano:

Art. 1. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundarse más que sobre la utilidad común.

Art. 2. El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. (...)

Art. 10. Nadie debe ser molestado por sus opiniones, incluso religiosas, con tal de que su manifestación no altere el orden público establecido por la ley (...).

Art. 16. Toda sociedad tiene el derecho de pedir cuenta a todo agente público de su administración.

Asamblea Nacional Francesa. Agosto de 1789.

Crítica a la revolución por un contemporáneo.

Fue la noche del 4 de agosto cuando los demagogos de la nobleza, fatigados por una larga discusión sobre los derechos del hombre y deseando subrayar su celo, se levantaron todos a la vez y pidieron a grandes gritos la abolición del régimen feudal. Esta palabra electrizó a la Asamblea. Se abolieron todos los derechos personales sin indemnización; se declaró a todos los derechos reales extinguidos; se abolieron también las justicias señoriales, el derecho de caza, la venalidad de los cargos, el altar de los sacerdotes, los privilegios de las provincias y ciudades... El fuego se había apoderado de todas las cabezas...

Es necesario decir que la abolición de las justicias señoriales dejó los campos sin tribunales al mismo tiempo que la libertad indefinida para cazar cubrió caminos y campos de bandidos y campesinos armados.

El pueblo (...) no se mostró menos insaciable y feroz: es la época en que se han quemado más castillos y se han cometido más crímenes...

De suerte que este pueblo, armado del poder ejecutivo, se ha lanzado más allá de los derechos de la Asamblea, la cual, desbordada por el hecho de lo que trataba de establecer por el derecho, ha terminado por parecer tímida y despreciable, y ya sus oráculos tienen menos prestigio que las órdenes del rey.

Rivarol. *Diario Político Nacional*. París, 1793.

Los principios de los jacobinos

Queremos un orden de cosas donde todas las pasiones bajas y crueles sean desconocidas, donde todas las pasiones beneficiosas y generosas sean despertadas por las leyes, donde la ambición sea el deseo de merecer la gloria y de servir a la Patria, donde las distinciones no nazcan más que de la igualdad misma, donde el ciudadano esté sometido al magistrado, el magistrado al pueblo, y el pueblo a la justicia; donde la Patria asegure el bienestar de cada individuo, y donde cada individuo goce con orgullo de la prosperidad y de la gloria de la Patria, donde todas las almas se engrandezcan por la comunicación continuada de los sentimientos republicanos y por merecer la estima de un gran pueblo, donde las artes sean ornatos de la libertad que les ennoblece; el comercio, la fuente de la riqueza pública y no sólo la opulencia monstruosa de algunas casas.

Queremos sustituir en nuestro país el egoísmo por la moral, el honor por la probidad, los usos y costumbres por los principios, el decoro por el deber, la tiranía de la moda por el imperio de la razón, el menosprecio del infortunio por el menosprecio del vicio..., la intriga por el mérito. Un pueblo amable, frívolo y miserable por un pueblo magnánimo, poderoso y feliz; es decir, todos los vicios y todos los ridículos de la monarquía por todas las virtudes y milagros de la República (...)

Si el resorte del gobierno popular en la paz es la virtud, el resorte del gobierno popular en la guerra es la revolución; es la vez la virtud y el terror; la virtud, sin la cual el terror es funesto; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa e inflexible; es, pues, una expresión de la virtud; es menos un principio particular que una consecuencia del principio general de la democracia aplicada a las más apremiantes necesidades de la Patria.

Discurso de Robespierre en la Convención. 18 de pluviôse del año II - 7 de febrero de 1794.